

Irene Andres-Suárez, *El microrrelato español. Una estética de la elipsis* (Palencia, Menoscuarto Ediciones, Colección Cristal de Cuarzo, 2010)

Por Francisca Noguerol
Universidad de Salamanca

Recientemente, la editorial palentina Menoscuarto ha visto ampliado su catálogo de estudios sobre narrativa breve con *El microrrelato español. Una estética de la elipsis*, volumen firmado por Irene Andres-Suárez que demuestra, una vez más, cómo la atención académica y el interés de los lectores van de la mano en esta fascinante modalidad textual, hoy ya con cinco enjundiosas actas de congresos internacionales en su haber, numerosas antologías temáticas y nacionales, números monográficos de prestigiosas revistas y un lugar de honor en el ciberespacio.

Irene Andres-Suárez, catedrática de literatura y directora del centro de investigación de Narrativa Española en la universidad de Neuchâtel, donde organiza anualmente desde 1993 un *Grand Séminaire* sobre los escritores contemporáneos más relevantes, dio muestras de su olfato crítico al ser la primera estudiosa que dedicó un artículo al microrrelato español (en 1994 y en la revista *Luçanor*), abriendo una estela de análisis que sería seguida por firmas tan reconocidas como las de Fernando Valls –en muy destacado lugar, como lo demuestra su monografía *Soplando vidrio y otros estudios sobre el microrrelato español*–, Teresa Gómez Trueba, David Roas o Domingo Ródenas. A ello contribuyó, asimismo, la organización por parte de la profesora Andres-Suárez del IV Congreso Internacional de Minificción, cuyas actas vieron la luz –en la misma editorial Menoscuarto y en coedición con el profesor Antonio Rivas– bajo el título de *La era de la brevedad. El microrrelato hispánico* (2008).

En esta ocasión la autora nos regala una espléndida monografía en la que, en principio, sistematiza sus múltiples reflexiones anteriores sobre el tema, que han sido objeto de una profunda reelaboración para evitar repeticiones en la estructura general



del libro. Por otra parte, edita por primera vez sus meditaciones sobre los escritores Luis Mateo Díez, Juan Pedro Aparicio, Hipólito G. Navarro y Ángel Olgoso –el capítulo de Javier Tomeo también conoce una importante revisión frente a su formulación original–, así como aporta páginas inéditas sobre los diálogos lorquianos y el papel esencial que ocupan el humor, la intertextualidad y la fantasía en los hiperbreves, con lo que la innovación está servida. De este modo, consigue cartografiar el microrrelato atendiendo tanto a la teoría como a la historia y a la crítica literarias, asociando el análisis de los textos con la meditación sobre las concepciones plásticas de nuestro tiempo –lo que confiere nueva riqueza al ensayo–, y con los ejercicios de literatura comparada entre autores de ambos lados del océano. Buena prueba de ello ofrece su análisis de las evidentes relaciones existentes entre la obra del argentino Julio Cortázar y el español Antonio Fernández Molina, aunque ahí encontramos el único *lapsus* de una monografía de 336 páginas, pues se señala que *En Cejunta y Galmud* (1969) de Fernández Molina se publicó un año antes de *Historias de cronopios y de famas* (1962) de Cortázar (p. 182).

Y es que el libro se encuentra cuidado en todos sus detalles: desde el estupendo título, que sitúa la elipsis como eje central de la poética del microrrelato, a la portada, donde vemos el dibujo de un laberinto inmerso en una pupila y que, de forma especialmente gráfica, da cuenta de que lo inmenso se refugia en lo pequeño, como en los mejores textos breves.

El ensayo, presentado en el marco del VI Congreso Internacional de Minificción celebrado el pasado mes

de octubre en Bogotá, se encuentra dividido en dos partes, dedicándose la primera a diferentes aspectos teóricos e historiográficos del microrrelato y la segunda a excelentes cultores españoles del mismo. Desde el prólogo reconocemos algunas de las mejores cualidades de estas páginas, signadas por la claridad expositiva sin renunciar, en ningún momento, a la profundidad. Así, la autora toma postura en la primera parte en cuestiones tan discutidas como la denominación más pertinente para la narración breve (microrrelato), su posible estatuto genérico (que defiende frente a otros teóricos, pero sin dejar de reconocer la existencia de términos hiperónimos como “minificción” o de estudiar formas a medio camino entre el microrrelato y el ensayo o el teatro), y las estrategias que ayudan a lograr los mejores textos breves (intertextualidad, fantasía y humor), siendo este último capítulo el más original de todo el volumen por las sugestivas aportaciones que realiza sobre las posibilidades de la estética de la elipsis.

En un ejercicio que va de lo general a lo particular, marcado por el rigor académico y a puntalado continuamente en el comentario de textos, tras darnos a conocer los rasgos distintivos del microrrelato –brevedad, narratividad, intensidad y elipsis–, Andrés Suárez identifica tres etapas en su desarrollo: la de los *iniciadores* (1910-1940), representada por los primeros autores que defendieron la concisión como clave de su escritura –Julio Torri, Juan Ramón Jiménez o Ramón Gómez de la Serna, entre otros–; la de los *clásicos* (1950-1970), en la que destacaron Antonio Fernández Molina, Max Aub y Ana M.^a Matute; y la de *consolidación* del género, que llega hasta nuestros días y en la

que sus cultores muestran una plena conciencia del género que practican.

En este apartado hay que alabar cómo la profesora Andres-Suárez rechaza analizar creaciones estudiadas anteriormente por colegas como Fernando Valls, pues sabe que el corpus por investigar es amplio y no tienen sentido las reiteraciones. Por ello, elige nombres imprescindibles como los de Ja vier Tomeo, con su visión absurdista de la realidad; Luis Mateo Díez, tan original como pionero en el desarrollo de esta modalidad narrativa; José María Merino, que basa sus invenciones en la intertextualidad y la fantasía, en una línea similar a la de Ángel Olgoso; Juan Pedro Aparicio, quien descubre el carácter comprometido de sus páginas a través de la sátira que permea sus textos; Juan José Millás, que juega con imagen y palabra sin empacho; Julia Otxoa, definida por el lirismo alegórico de sus textos; o Hipólito G. Navarro, maestro de la transgresión lingüística y la experimentación en todos los órdenes del relato.

Por último, el volumen aporta una extensa y pertinente bibliografía que guiará a cualquier interesado en sus incursiones sobre el tema. De hecho, incluye una selección de los artículos teóricos más relevantes sobre el microrrelato junto con la mención de números monográficos de revistas, libros, antologías, y una exhaustiva lista ordenada cronológicamente de los libros de creación que han motivado el estudio de esta modalidad textual en España, y que abarca desde los precursores hasta nuestros días.

La misma Andres-Suárez advierte en el prólogo a su obra de que, en el estudio del microrrelato, "hay mucha tela que cortar" (p. 14). Tras leer su imprescindible ensayo, no me queda sino agradecer el regalo que nos ha hecho a los aficionados al *género del milenio* e invitar a cualquier curioso o amigo de la brevedad a adentrarse en la lectura de unas páginas tan lúcidas como definidas por el amor a la lectura.